

II

LA PARISIENSE DEL PUEBLO



**La parisiense del pueblo.**

La parisiense de Steinlen no es la muñeca envuelta en encajes de Guillaume, ni el pájaro sonriente de Willette, ni la deliciosa flor humana de Cheret. No. Y en el sentido que la humanidad da á la palabra, casi no es «parisiense».

¿Qué tiene de común, en efecto, esta chiquilla pálida y mal vestida, con los tipos de la leyenda francesa? No es la griseta de antaño, que sabía hacerse un sombrero suntuoso con flores pilladas en los jardines públicos; no es Mimi, ni Francine, ni Lulú, ni ninguna de las otras supervivientes de la raza loca y pobre del novelesco barrio latino; no es, tampoco, la obrerita de la rue de la Paix, la modistilla ideal que enloquece con sus andares rítmicos, con sus pupilas insolentes, con la amplitud prematura de sus redondeces corporales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Entonces?...

Es algo menos poético. Es algo más real. Es la planchadora, apenas púber y ya marchita, que pasa por las anchas calles de los suburbios, llevando el pesado cesto de ropa sucia á cuestas; es la costurera de blanco, la pobre muchacha que cose en máquina, la hija del obrero, la lamentable niña pobre, la rosa clorótica de la ciudad moderna.

A primera vista no tiene nada de agradable. No es bonita. No es fea tampoco. Es insignificante. Su rostro exangüe carece de claridades, de sonrisas. Una gravedad dolorosa arruga su frente. Sus inmensos ojos ojerosos, color de ámbar ó color de cielo septentrional, tienen, al mirar, languideces resignadas de animal enfermo. Su cabellera descolorida, amplia, profunda y sedaña, fuera admirable con un poco de arte. Su cuerpecillo puede ser delicioso de líneas; mas como va envuelto en groseras telas flotantes é inarmónicas, nadie piensa en él si no es para compadecer su delgadez, hija de fatigas y privaciones.

\* \* \*

¡Pobre parisiense del pueblo, pobre chica de la Villette, de Batiñoles, de Saint-Ouen ó de la plaza de Italia, pobre niña grave que recorre la ciudad monstruosa sin levantar la vista del suelo, soñando ensueños enigmáticos y rumiando canciones tiernas, pobre, pobre obrera que gana 90 céntimos por catorce horas de trabajo, y para quien la vida de familia no es sino

un interminable calvario! Al principio de se vida, era su madre quien la golpeaba á cada momento, con cualquier pretexto; ahora que ya «la vieja» no puede moverse, el que la aporrea es su padre cuando vuelve borracho del taller; mañana será su «hombre», marido ó amante, el que continuará dándola, cada noche, su ración de palos y de patadas. Todo es sufrimiento para ella. La niñez con su hambre, con su fatiga, la marcó, desde luego, el rostro de lívidos signos de muerte. Su pobre adolescencia podría iluminarse con un poco de amor; pero, entre los miserables, hasta el amor es triste, como nos lo prueban sus canciones lentas, monótonas, gemebundas, con más alaridos que besos, con más lágrimas que caricias. Además, sus vientres tienen la maldición de la fecundidad. Cada invierno las trae un cachorro que las chupa la sangre clorótica y que luego las obliga á trabajar algo más para comer algo menos.

En otras ciudades, las condenadas á miseria perpetua tienen, por lo menos, el consuelo de la fe. En París, en el París obrero, los templos están abandonados y el cielo está vacío. Hablad de religión en una taberna de barrio bajo y lo notaréis. Es un asunto que á nadie le interesa. Y así, mientras la aristrocracia trata de creer, y mientras la burguesía trata de no creer, el proletariado se contenta con ignorar á Dios.



¿Qué edad os figuráis que tiene esta chichilla pálida y seria que mira con ojos de mujer y que Steinlen se complace en vestir con una camisilla roja y una falda negra? ¿Quince años? No. Apenas trece. Pero su corta edad no obsta para que, á veces, sea ya madre ó por lo menos esposa. Su marido, en general, no es mayor que ella. Paliduchos ambos, y ambos tristes, encontráronse una noche, al volver del taller, y ante la luna impasible, celebraron sus nupcias libres. Cuando su padre lo sepa, la dará una paliza ¡una más! Resignada, espera.

Su sueño dorado es escaparse de su casa, irse á vivir con su *petit homme* lejos de la habitación baja y húmeda en la cual duerme toda la familia amontonada. ¡Oh, la horrible, la espantosa promiscuidad! Los que se crían en ella y logran, un día, vivir mejor, no la olvidarán nunca. La única cama que hay, la ocupan el padre y la madre. El hijo mayor, ingenioso, se hace, con cuatro cajas vacías y un jergón, algo parecido á un nido. Los demás chicos confunden sus sexos entre la misma paja. Ella, la pobrecita parisiense de Steinlen, ha dormido allí. Allí perdió la ignorancia indispensable á la infancia. Allí se ruborizó por la primera vez. Allí tuvo miedo, allí tuvo vergüenza, allí tuvo asco. Por huir de aquel lecho inmundo, sería capaz de cualquier cosa.



Para comprender toda la crueldad de estas existencias femeninas, es necesario ver las composiciones hechas por Steinlen para ilustrar las *Canciones* de Bruant. En un paisaje siniestro, á la luz del crepúsculo parisiense, véñse, á lo lejos, las fortificaciones, y más lejos aún, las altas chimeneas de las fábricas. En primer término, saliendo de la taberna, una mujer desgredada, alta, flaca, con los labios pintados de rojo. Es la obrerita á quien vimos ayer con su camisa roja y su falda negra, y que de «maridito» en «maridito», pasó del obrero brutal, pero honradísimo, al chulo que exige más dinero del que la costura produce. El caso es frecuente. Todo el rebaño de bellezas de hospital que desde el anochecer llena de sombras esbeltas el espacio y puebla el ambiente de discretos reclamos, sale de las talleres, expulsado por el hambre, como los lobos que en los inviernos muy crudos invaden las calles de San Petersburgo.

La sociedad, empero, no las tiene lástima. Lo que hay en los pobres de enternecedor, de angustioso, de cruel, no quiere verlo la burguesía. Algunos disculpan á *las otras*, á las cocotas que llevan pájaros on los sombreros y encajes en las enaguas. A éstas, que ni tienen enaguas ni tienen sombrero, ninguna piedad las alcanza.

Tal vez más vale así.

\* \* \*

El abandono universal permítelas ser, en ciertos casos, la encarnación del odio santo, de la violencia salvadora, del rencor que prepara el Futuro.

Vedlas pasar en el cortejo ululante que Steinlen titula *La Rue*. Sus cabelleras castañas, sueltas al viento, agitanse cual oriflamas de rebeldía. En sus ojos, antes resignados, enciéndense fuegos de incendio. Sus bocas abiertas, gritan una carmañola moderna que no amenaza á un rey, sino á la sociedad toda, más dura, más tiránica, más explotadora que los Gobiernos absolutos de la tierra. ¿Qué dicen estas estrofas de odio? ¿Qué piden las cláusulas de la nueva Marsellesa? El pintor mismo lo ignora. Son acentos vengadores, muy vagos, sin sentido preciso, que ningún poeta ha verbalizado aún, pero que rugen ya en las almas de las multitudes hambrientas. Es el canto que anima á los que sufren. Es, en fin, la oración sanguinaria de los desesperados.

## III

## LAS MUJERES DE LONDRES